
Recuperar la Iglesia

Retos de comienzo de siglo

Juan Antonio Estrada

En la década de los cincuenta hubo una progresiva toma de conciencia de que la Iglesia estaba en estado de misión. Ya no se trataba de ir a los pueblos del tercer mundo, sino de evangelizar España. El contexto de la misión estaba condicionado por el anticlericalismo de una gran parte de la sociedad, que se expresaba en el popular eslogan de “Jesús sí, la Iglesia no”. El “creo en Dios, pero no en los curas”, era una forma popular de expresar un sentimiento colectivo. El papel jugado por la Iglesia desde el siglo XIX hasta la guerra civil y la postguerra; el retraso del catolicismo social, que comenzó a desarrollarse con casi un siglo de retraso, tras la revolución industrial; la defensa a ultranza de privilegios propios del nacional-catolicismo; el rechazo de la sociedad democrática y de las ideologías político-sociales modernas, fueron causas del distanciamiento de buena parte del pueblo.

Cincuenta años después vuelve a resurgir el problema misionero, bajo el eslogan de la reevangelización de Europa, en el pontificado de Juan Pablo II. Hay conciencia de un cambio de ciclo histórico, más allá del cronológico de siglo, marcado por la globalización o mundialización, por la instauración de un nuevo orden internacional y por el creciente distanciamiento entre un

Juan Antonio Estrada (Granada) es profesor de Teología.

primer mundo postmoderno, próspero y consumista, y el resto de la humanidad. El tercer mundo se enfrenta a los retos de la industrialización, la democracia y la secularización de la sociedad, por los que pasaron los países desarrollados. En este contexto se constata la creciente pérdida de influencia del cristianismo en Europa y el auge del secularismo y el laicismo, tras la época de la secularización. El problema actual no es el anticlericalismo, aunque persistan sus efectos, ni el ateísmo militante, sino la indiferencia religiosa, el agnosticismo y la privatización de la religión. Permanecen muchos de los retos de los cincuenta y han aparecido otros en un momento de decadencia demográfica, vital e institucional de las viejas iglesias del Occidente europeo.

1. El nuevo contexto y los retos del milenio

A pesar de las diferencias existentes entre los países del tercer mundo y los del primero, hay algo que se impone en ambos campos: la deserción de mucha gente que abandona de forma explícita o implícita a la Iglesia católica. En América Latina, donde viven casi la mitad de los católicos del mundo, se ha dado una fuga masiva de gente que ha pasado a sectas evangélicas. En los cincuenta, América Latina era un subcontinente católico; en la segunda mitad del siglo XX dejó de serlo. Cuando se haga la historia de los últimos papas, desde Juan XXIII a Juan Pablo II, se constatará la pérdida dramática que ha sufrido el catolicismo en América y, en menor medida, en otros continentes, a pesar de que el boom demográfico compense cuantitativamente el número de personas que han abandonado el catolicismo¹. ¿Cuáles son las causas que han llevado a millones de personas a cambiar de Iglesia y abandonar el catolicismo?

¹ En el sínodo de los obispos de 1985, más del 75 % pertenecían a iglesias del tercer mundo. Hasta 1980, más del 80 % de los hispanos de Estados Unidos eran católicos, actualmente el porcentaje ha bajado hasta el 65 %, mientras que sigue la penetración de sectas evangélicas en América Latina. En Europa, se calcula que cada año de la década de los noventa dejaron la Iglesia católica 30.000 personas en Austria, y un estudio de 1995 sobre la práctica dominical en Europa occidental, indicaba que había una asistencia de entre el 13 % en Bélgica al 31 % de Italia. Aumenta también el número de niños sin bautizar en familias católicas. En Holanda se calcula que el índice de bautismos está en torno al 24 %. Estos y otros datos pueden encontrarse en Th. Prausch, "The Future of the Catholic Church": *Chicago Studies* 39 (2000), 176-93.

En Europa occidental, y concretamente en España, ha aumentado tanto el número de personas ateas y agnósticas como el de creyentes sin iglesia. Especialmente las generaciones jóvenes han desertado masivamente del catolicismo², mientras que en las generaciones mayores muchos viven una indiferencia práctica sin haber roto oficialmente sus lazos con él. Son creyentes no-practicantes, que tienden a convertirse en no-creyentes religiosos, ya que mantienen algunas prácticas puntuales (bodas, primeras comuniones y bautizos, funerales) y participan en manifestaciones tradicionales, como las procesiones, las fiestas y romerías. Bajo esta pervivencia

**Vivimos una crisis cultural,
la del paso de una sociedad
tradicional a otra post-
cristiana y postreligiosa**

sociológica del catolicismo en España se esconden, sin embargo, fenómenos preocupantes: crece la desinformación y la ignorancia religiosa de las generaciones más jóvenes; se pierde el tejido social (cultural e institucional) que hacía posible la socialización religiosa y asistimos a una crisis social de valores, cuya primera víctima es la axiología o sistema de valores cristiano, tanto en su versión tradicional como progresista³.

Fenómenos como la corrupción social, la proliferación de la telebasura o los problemas de alcoholismo y drogadicción, que afectan cada vez más a sectores de la sociedad, indican que vivimos una crisis cultural, la del paso de una sociedad tradicional a otra posterristiana y postreligiosa, que afecta a todos los ciuda-

2 Los porcentajes de la práctica semanal se situaban en el año 1999 en el 12 % de los jóvenes, ocho puntos menos que en 1984, y tiende a convertirse en residual. Cfr., J. Elzo-Juan González Anleo, "Los jóvenes y la religión", en Fundación Santa María, *Jóvenes españoles 99*, Madrid, 1999, 330; 263-354.

3 Juan González Anleo-P. González Blasco, "Religión: valores, ritos y creencias", en Fundación Santa María, *España 2000, entre el localismo y la globalidad*, Madrid, 2000, 181-214. Un estudio clásico, pero sin actualizar, es el de R. Díaz Salazar- S. Giner (eds.), *Religión y sociedad en España*, Madrid, 1993. Recientemente véase, P. Castón Boyer, "La Iglesia católica en Andalucía", en E. Moyano Estrada -M. Pérez Yruela, *La sociedad andaluza (2000)*, Córdoba, 2002, 127-38.

danos. Se pensaba que la superación de la moral autoritaria y patriarcal del nacional-catolicismo, en la época de Franco, iba a generar una nueva moral cívica, laica, democrática y social. De hecho ha llevado a un vacío moral sin precedentes. Las funciones que ejercían la familia, las instituciones educativas y la Iglesia en la sociedad se encuentran hoy crecientemente deterioradas, sin que haya instancias que las suplan. De esta forma la moral, como la religión, se refugia en la esfera privada personal y deja de ser el referente social que da cohesión e identidad.

La sociedad de masas desautoriza el pasado y la tradición, acentúa lo experiencial y vivencial e impone estándares de valores alejados del humanismo, la ética y la religión tradicionales. Se impone un estilo de vida impulsado por los medios de comunicación, que hacen

La crisis del nacional-catolicismo ha llevado a un vacío moral sin precedentes

que los valores cambien según las modas del momento, acentuando la inseguridad personal y colectiva. El consenso ya no

viene dado espontáneamente por la sociedad sino que se impone por los medios de masas y la ética es desplazada por el pragmatismo del éxito y la utilidad. Ya no hay un estado autoritario que controle a la sociedad, ni una red institucional que la impregne de valores éticos. De ahí, que sea la economía y el éxito social la fuerza última aglutinante de la sociedad, con la consiguiente economización pragmática de la política, la generalizada corrupción social y la creciente manipulación de individuos socializados.

La prosperidad material y la adquisición de los valores democráticos no ha ido acompañada de un contenido material, cultural, humanista y ético, que aproveche las posibilidades de la productividad, la libertad y la democracia. De ahí, la crisis actual en la que el individuo volcado hacia lo externo es mani-

pulado internamente. Tenemos formalmente una absoluta libertad de pensamiento y opinión, pero se crea un entorno institucional que hace cada vez más inviable la autonomía personal y la toma de distancia crítica y reflexiva⁴. No cabe duda de que el progreso científico técnico, las cotas mayores de libertad en el marco de la democracia, la toma de conciencia de los derechos humanos universales y la globalización, que genera una conciencia colectiva de responsabilidad y copertenencia, exigen el complemento de una mayor conciencia ética y de un nuevo humanismo e identidad personal y colectiva, que hasta ahora no se ha dado. El avance técnico e institucional va muy por delante de nuevas sensibilidades y de las transformaciones personales que exige la nueva era en la que vivimos. Contribuir a ellas es uno de los retos decisivos del cristianismo en el tercer milenio.

En el contexto de las postmodernas sociedades desarrolladas, como la española, asistimos a un desarrollo sociocultural marcado por la soledad y el aislamiento creciente de muchas personas. Las sociedades competitivas generan un gran estrés existencial, tanto para los jóvenes como para los mayores, y radicalizan los problemas de comunicación en el marco de la moderna sociedad urbana, que se impone en todas partes, incluidos los pueblos y zonas rurales. Cada vez más, vivimos en una sociedad individualista, en la que todos somos rivales y competidores, que luchamos por el puesto de trabajo, la prosperidad económica y el éxito social. La cultura del tener, así como la multiplicación de necesidades consumistas, avivadas por la publicidad, impone su jaula de hierro a los ciudadanos, que se convierten en miembros de una sociedad darwinista, en la que somos en la medida en que tenemos, acumulamos y consumimos.

A esto se añade el creciente deterioro de las relaciones personales, frecuentemente superficiales y poco comprometidas, que van erosionando el tejido familiar, último reducto de los

⁴ Remito al excelente estudio de G. Schulze, *Die Erlebnisgesellschaft*, Francfort, ⁸2000. También, C. Mongardini, "Die Rolle der Moral und die politische und ideologische Krise in zeitgenössischen Europas"; en *Wenn Gott verloren geht*, Friburgo, ²2000, 27-39; P. Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Barcelona, ³1999; G. Ritzer, *El encanto de un mundo desencantado*, Barcelona, 2000.

comportamientos estándares que se imponen en la vida pública. Cada vez es más difícil comunicarse en profundidad. Aumenta el número de conocidos, compañeros y colegas, a costa del amigo con el que sincerarse, comunicarse y fiarse. A esto se añade el creciente índice de separaciones y divorcios, a veces tras pocos meses de convivencia de la pareja, el aumento de hogares monoparentales y de personas que viven solas, y el distanciamiento de los cónyuges entre sí y respecto de los hijos, como consecuencia de los nuevos hábitos de vida que impone el trabajo de la pareja, la escolaridad de los hijos y las pautas socioculturales hegemónicas. Si “cada casa es un castillo”, como afirmaba el viejo refrán inglés, ahora cada individuo es un ente aislado y crecientemente incomunicado. Conocemos a una gran cantidad de gente con la que no tenemos relaciones personales ni comunicación y crece lo que se ha denominado “muchedumbre silenciosa”⁵. Las cotas de prosperidad material y los logros sociopolíticos no han generado una mejor calidad de vida en las relaciones personales, que siguen siendo el fundamento de una vida feliz y con sentido.

De ahí, el creciente malestar y sin sentido de nuestra cultura, cada vez más rica materialmente y con mayores problemas de realización personal. El concepto de felicidad se impregna de elementos hedonistas y materiales (afectivos y sensitivos), se individualiza y se cuantifica. Se margina, por el contrario, el significado del sentido de la vida, en relación con querer y ser queridos, así como la inevitable vinculación entre felicidad y justicia, y la búsqueda de Dios como meta última del deseo y ansia de felicidad humanos. El ensimismamiento y el repliegue sobre sí mismo, lastrado por una incomunicación generalizada, tanto desde el punto de vista cualitativo (superficialidad en la comunicación) como cuantitativo (escaso número de personas), se compensa con una exterioridad volcada en el consumo y afanosa por las vidas de los personajes famosos, que hacen de figuras vicarias de escape, ante el sinsentido y aburrimiento de la propia

5 D. Riesman, *La muchedumbre solitaria*, Barcelona, 1981.

vida. Si la cultura es el intento de humanizar al animal, como afirmaba Adorno, hoy asistimos al fracaso de ésta y con ella a una crisis de las instituciones, con mayor incidencia en la familia y la educación, pero cuyos efectos se dejan sentir en todos los ámbitos sociales.

2. La crisis de las iglesias cristianas

En este contexto podemos enmarcar la crisis de la Iglesia católica en particular y de la religión en general. En ambos casos, el del tercer mundo que emigra a otras iglesias y religiones, y el español que se desmarca hacia la indiferencia religiosa, se constata una grave carencia comunitaria e institucional en el seno de la Iglesia. Las religiones responden a las necesidades humanas de valores, dada la insuficiencia de los instintos y de la mera dinámica de estímulos

y respuestas para el animal humano. Ofrecen salvación y responden a las cuestiones existenciales del ser humano, sugieren motivos para luchar y vivir, enseñan a afrontar el mal y el sufrimiento, y canalizan la conducta a partir de prescripciones morales⁶. Las doctrinas y las prácticas religiosas, ofrecen identidad y cohesión social, establecen un tejido social de relaciones a partir de las cuales hay una socialización en la fe, avalada por el refrendo de la comunidad y la confirmación que ofrecen los correligionarios, que se esfuerzan por vivir con valores y pautas comunes de comportamiento. Es decir, las iglesias están referidas a la sociedad humana en que viven, en la línea de la *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia como servidora de la humanidad.

Se constata
una grave carencia
comunitaria
e institucional
en la Iglesia

6 Juan A. Estrada, *Imágenes de Dios*, Madrid, 2003, 27-54; *Razones y sin razones de la creencia religiosa*, Madrid, 2001.

El primer problema estriba en el carácter reactivo del catolicismo actual. El concilio Vaticano II quiso poner fin a la era del antimodernismo y abrirse a una Iglesia dialogante, receptiva y capaz de aprender del mundo y la sociedad, tras el discernimiento de los signos de los tiempos. Sin embargo, en las últimas décadas asistimos a un antimodernismo reactivo y de nuevo cuño. Se modernizan las formas e instituciones, al servicio de una tradicional concepción del catolicismo, que se quiere revitalizar contra el dinamismo de la sociedad y el marcado por el concilio Vaticano II. Ante la increencia reinante, la iglesia se repliega cada vez más. Por un lado, crea una red de instituciones sociales, pedagógicas, comunicativas y eclesiales con las que hacerse presente en la sociedad y ofrecer un contexto católico a sus miembros. Por otro, vuelve a inspirarse en las viejas estructuras de la Contrarreforma en una línea opuesta a la sociedad democrática y pluralista en que vivimos.

Cuanto más secular es la sociedad, más clerical se hace el cristianismo; cuanto más aumenta la selectividad de credos, doctrinas y valores, más se insiste en la aceptación global y total de la doctrina oficial, sin atender a la jerarquía de verdades ni a la creciente contestación por parte del pueblo y teólogos de algunos contenidos de la doctrina oficial. La pérdida de influencia social, sobre todo entre los jóvenes, se quiere compensar con el robustecimiento de la autoridad (papal, episcopal y presbiteral), sin comprender que el estilo de vida y la figura misma de los ministros se ha quedado obsoleto. El cristianismo se eclesializa e institucionaliza, y la pérdida de autoridad institucional en la sociedad se quiere compensar con su radicalización a nivel interno. La iglesia se aísla de la sociedad en cuanto exige pautas de comportamiento interno a los católicos, que contrastan con las que se exigen para la reevangelización de la sociedad. El clero se profesionaliza y envejece, y ante la creciente contestación sobre las formas de ejercer la autoridad, en lugar de recurrir a argumentos que puedan convencer se remite a la autoridad formal del cargo. Estos elementos reactivos son contraprodu-

centes para la misión en la sociedad y se legitiman socialmente desde la apelación a valores evangélicos proféticos y de contestación mesiánica, cuando, sin embargo, cada vez hay más gente que se escandaliza por el comportamiento antievangélico de muchos eclesiásticos.

A esto se añade la carencia de dimensiones comunitarias, vivenciales y de acogida. El ser humano es relacional, para que haya un yo hacen falta otros tú. El hombre isla está perdido porque por mera introspección e interioridad no puede conocerse ni aceptarse, mucho menos amarse. “Dime con quien andas y te diré quién eres”, dice

el refranero español. Somos en cuanto que nos relacionamos. Desde la infancia crecemos en identidad en relación con el rostro materno, paterno y de

las otras personas con las que compartimos la vida. Por identificación afectiva e imitación, asumimos roles de comportamiento, mandamientos y pautas de conducta. Lo peor es la orfandad, la ausencia de padres/madres referenciales, que ofrezcan seguridad, cariño y protección y sean modelos de identidad. Las personas son ontogenéticamente dependientes y heterónomas, necesitan de otros para vivir la aventura de la libertad, el crecimiento personal y la autonomía. Tenemos miedo a la libertad, porque nos sentimos inseguros y limitados, y sólo el contexto familiar y comunitario pueden generar confianza y creatividad para crecer como personas y asumir los riesgos de vivir la vida.

En el caso del cristianismo, ese contexto comunitario y familiar está acentuado desde los orígenes. Jesús crea comunidades de discípulos en los que se haga presente el reinado de Dios desde la libertad y la fraternidad. Son lugares en que hay que

**Cada vez hay más gente
que se escandaliza
por el comportamiento
antievangélico
de muchos eclesiásticos**

dejar vacío el lugar del padre para Dios, por eso no se puede llamar maestro ni santo a ningún miembro, y en el que las relaciones de competitividad y de posesión, tienen que dejar lugar al compartir y el participar. De ahí el carácter del cristianismo como religión de proximidad, que se hacía notar en el imperio romano por el “mirad cómo se aman”. La doble función de la religión de ofrecer identidad y cohesión social, se basa en una experiencia de sentido compartido, que se tradujo en la Iglesia primitiva en comunidades pequeñas de gente que se conocían entre sí, en las iglesias domésticas y en apelativos eclesiales

El carácter del cristianismo como religión de proximidad, se hacía notar en el imperio romano por el “mirad cómo se aman”

como familia y casa de Dios. De ahí, el significado del reinado de Dios como algo ya presente: no es

pura interioridad (Lc 17,20-21; Mc 10,15) ni algo estático y acabado (Mt 13, 24-48), sino que implica un modo de vida (Mt 7,21-26; 13,20-21 y una forma de relacionarse (Mt 18,2-5 y 20,26; Lc 18,22-25), que genera resistencia y rechazo por la sociedad. Lo nuevo del cristianismo no está tanto en su red institucional, en buena parte inspirada, cuando no copiada, de modelos judíos y romanos, sino en una manera distinta de comunicarse, relacionarse y convivir.

Las iglesias postpascuales asumieron las directrices de la comunidad discipular de Jesús. La experiencia del Espíritu es la otra cara de la resurrección. Son comunidades experienciales, que se identifican como el verdadero Israel y el nuevo pueblo de Dios, precisamente por su vivencia actual de Dios. De ahí, la dimensión carismática, profética y apostólica, de las iglesias. La identidad y cohesión vienen dadas por esa experiencia de Dios,

de la que dimana la concepción comunitaria, fraterna y universalista que inicialmente caracterizó a las primeras iglesias. La eclesiología de comunión, la posterior colegialidad ministerial, el carácter ministerial de la autoridad y la activa participación de todos los miembros, fueron características novedosas del grupo cristiano. Inicialmente fue visto como una secta o rama judía, luego como detentador de una nueva religión, que remite a Jesús como su origen último. Cristo resucitado y el Espíritu de Dios son las instancias a partir de las que Dios ofrece un nuevo rostro y se comunica de forma diferente a todos los hombres⁷.

Estos elementos son hoy todavía referenciales y claves de identidad, además de muy actuales en el contexto contemporáneo. El problema de las iglesias y grupos religiosos, sean progresistas o tradicionales, estriba en que no han sido capaces de convertirse en comunidades vivenciales y de experiencia, en las que se participe y comunique una identidad, desde la que se ofrezcan raíces y orientaciones en la sociedad moderna. Los intentos de las comunidades de base y de los grupos carismáticos, católicos o no, de generar experiencias y favorecer identidades y cohesión social, no han sido exitosos en la mayoría de los casos. Sobre todo han fallado a la hora de transmitir una experiencia de fe a las jóvenes generaciones. Las diferentes orientaciones progresistas o tradicionales, renovadoras o conservadoras han fracasado en cuanto comunidades experienciales, porque ha faltado “mística” y capacidad de transmisión, agudizado por el contexto social hostil. La Iglesia-comunidad no es hoy el ámbito generador de identidad y cohesión social desde el que una persona cristiana puede compartir la fe y resistir a la presión social.

De ahí, la problematicidad de un cristianismo sin comunidad de referencia, en una sociedad individualista y atomizada en la que hay añoranza de contextos comunitarios y de relaciones personales. El individualismo genera sincretismo, privatización de

⁷ He intentado mostrar ese desarrollo en mi estudio *Para comprender como surgió la Iglesia*, Estella, 2002.

la religión y multipertenencias, sin que la red comunitaria cristiana pueda ofrecer estabilidad e identidad a partir de la comunicación de los otros, que confirma en la fe y robustece la capacidad para dar testimonio. En la medida en que los lazos institucionales remiten y se aflojan, como consecuencia de la presión social y de la tendencia difusa a una religión sin Iglesia, más

Es problemático un cristianismo sin comunidad, en una sociedad individualista y atomizada

necesaria es la vivencia de pertenencia a una comunidad. El cristiano solitario está perdido ante la presión social que le rodea, y la crisis comunitaria de la Iglesia se afianza ante la pérdida de

influencia de la familia cristiana, que cada vez tiene más dificultades para educar cristianamente a sus hijos. Si no hay socialización cristiana eficaz en la familia, en las instituciones educativas y en las parroquias e instituciones eclesiales, se pierde la transmisión vivencial de valores, la interiorización de rituales y culto y el conocimiento doctrinal del cristianismo.

3. Imágenes de Iglesia

La imagen eclesial predominante sigue siendo la de una Institución que ofrece doctrinas y servicios religiosos. En lo que respecta al nivel doctrinal, ésta ha perdido credibilidad y plausibilidad cultural, tanto a nivel interno (por el creciente divorcio entre magisterio y teología, y entre el pueblo y la jerarquía) como externo (dada la pluralidad sociocultural que erosiona principios doctrinales oficiales). No hay una contestación masiva de las enseñanzas jerárquicas, sino que se pasa de ellas. Resulta perfectamente compatible vitorear al papa (cuyo testimonio personal genera admiración y adhesión) y no practicar sus enseñanzas, porque se consideran obsoletas y propias de una

persona mayor. Las disensiones teóricas se plasman en divergencias prácticas, como ocurre por ejemplo con la moral sexual, crecientemente contestada a nivel teológico y práctico. No hay, por tanto, una identidad teórica común a la que todos puedan referirse desde la pluralidad de personas, comunidades, situaciones y contextos históricos, como ocurría en las iglesias del Nuevo Testamento y en los primeros siglos.

En lo que respecta a los sacramentos, estos siguen celebrándose desde las pautas individualistas, de yuxtaposición de personas, y clericales, con un casi monopolio de protagonismo por el cura, que se crearon en el segundo milenio. No es una comunidad, con pluralidad de carismas y ministerios, que celebra los sacramentos, sino una oferta de servicios religiosos por parte del clero y a los que asiste el pueblo de forma mayoritariamente pasiva y poco participada. De nada sirve hablar de una Iglesia laical, mientras que se practican celebraciones estructuradas desde el clero, y no desde la comunidad y los laicos. Por otra parte, el marco fijo de la liturgia y los ritos, que proviene del Bajo Medioevo y se mantiene sustancialmente inalterado hasta hoy, imposibilita la creatividad, participación, espontaneidad y comunicación propias de una comunidad experiencial, que tiene vivencias del espíritu de Dios y celebra la presencia del resucitado en medio de ella (Mt 28,20). De ahí, la pobreza experiencial de los ritos católicos; la huida del pueblo a las sectas protestantes, que ofrecen calor humano y religioso; la pobreza de las relaciones interpersonales generadas por las celebraciones, con pocas consecuencias de solidaridad de los participantes.

El silencio eclesial y social de Dios

En los últimos años se ha agudizado el problema. Metz ha sido el teólogo que más ha avisado del peligro del “Dios no, religión sí”. Las iglesias juegan funciones, hasta hoy insustituibles, en la conservación de la cultura y tradiciones populares. Tiene también un papel importante en muchos ámbitos asistenciales y educativos, como instancia dadora de sentido a momentos importantes de la vida humana (nacimiento, muerte, bodas,

etcétera), y como referente con autoridad moral y testimonial a la hora de generar solidaridad en nuestras sociedades. Por eso, las iglesias no son perseguidas en nuestras sociedades (como ocurrió en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX). Frecuentemente son protegidas por las autoridades y el Estado, y gozan de respeto y comprensión por parte de muchos no creyentes que admiran sus tesoros culturales y sus funciones asistenciales. La Iglesia goza de buena salud en el Occidente europeo, a pesar de las críticas a sus doctrinas y prácticas obsoletas por parte de muchos ciudadanos, creyentes o no. Y esto a pesar de sus resistencias a abandonar privilegios y prebendas del pasado, que pertenecen a otra época (la del Estado confesional y la religión nacional), en ámbitos como la educación, la financiación y los impuestos, o la legislación.

Sin embargo, cada vez aumenta más el bloque agnóstico y de ateísmo práctico entre los ciudadanos, y hay menos preocupación y preguntas por Dios. Nos acostumbramos a vivir sin Dios, pero no necesariamente sin iglesias, cuyas funciones religiosas y asistenciales apreciamos. De ahí, la creciente presencia de personas que en su vida pública manifiestan vivir al margen de los valores cristianos en celebraciones eclesiales (misas incluidas). Ésta es también la ambigüedad de manifestaciones religiosas masivas (romerías, procesiones, viajes papales, etcétera) presididas por autoridades civiles, sin vinculaciones personales (a veces son ateos confesos), ni institucionales (representan a un Estado Laico) con las iglesias. Hay una erosión progresiva de la identidad eclesial en una sociedad que tiene capacidad de asimilar y utilizar los símbolos cristianos, transformando su significado y eliminando sus raíces proféticas y contestatarias respecto de la sociedad. Por otra parte, el marco actual de la globalización favorece una experiencia religiosa difusa y separada de las religiones positivas, que hacen más fácil una religiosidad sin Dios. De ahí el éxito de espiritualidades emocionales, de autoayuda o de exploración personal, en la que Dios es un referente vacío del que podría prescindirse, en lugar de ser el referente fundamental.

Pero, además, hay un silencio social que permite hablar de una “muerte cultural de Dios” en Occidente. Ese silencio se mete dentro de la propia Iglesia. Cada vez resulta más difícil oír hablar de Dios a los eclesiásticos y los cristianos, ya que el discurso sobre la moral y la doctrina es el que se impone en sermones, homilias, documentos magisteriales y otros pronunciamientos. Este silencio teocéntrico se impone en las mismas iglesias, a veces acompañado por imágenes y referencias a Dios, que están al servicio de los intereses eclesiásticos, doctrinales e institucionales, en

lugar de alentar a la búsqueda, la pregunta y la experiencia personal. Vivimos en una sociedad e iglesia pobre en experiencias, y los místicos, carismáticos y

profetas son frecuentemente desplazados por funcionarios, burócratas eclesiales y profesionales de la teología. En cuanto se pone el acento en el control y la ortodoxia doctrinal, es inevitable que haya poca creatividad y espontaneidad, porque para ello hace falta libertad y confianza. La autocensura, más que el mismo control externo de la autoridad, limita radicalmente la búsqueda de nuevas formas de hablar y experimentar a Dios.

En el campo intraeclesial hay una forma de enfocar la espiritualidad que tiene paralelos respecto de la moral en la cultura. El lugar dejado por la moral tradicional (rechazada por su carácter obsoleto, patriarcal, autoritario y verticalista) no ha sido ocupado por una moral laica, racional, humanista y fundada en los derechos humanos. La decadencia de las iglesias ha originado vacío moral, sin que ninguna instancia ocupara el lugar dejado vacío por la religión en la formación ética de los ciudadanos. En

**En lugar de alentar
a la búsqueda, la pregunta
y la experiencia personal,
se pone el acento
en la ortodoxia doctrinal**

lo que concierne a la espiritualidad, la ruptura con las prácticas tradicionales del pasado (el rosario, visitas al santísimo, adoración de la eucaristía, meditaciones y tiempos de retiro, oración cotidiana...) no ha llevado tampoco a crear nuevas formas desde las que se haga posible la búsqueda de Dios y una mayor creatividad y experiencialidad en los sacramentos. No hay una espiritualidad contemporánea comparable a las grandes tradiciones del pasado, que frecuentemente se ignoran y no se transmiten a las nuevas generaciones.

La paradoja está en ciudadanos ignorantes de las riquezas de su propia tradición religiosa, que buscan fuera del cristianismo (en religiones orientales, sectas y grupos eclécticos y sincretistas), lo que no encuentran en su propio pasado. Se ignoran los clásicos de la espiritualidad y no hay tampoco conocimiento de los actuales (Óscar Romero, Martín Lutero King, Ignacio Ellacuría), que podrían ofrecernos pautas renovadas de cómo compaginar la identidad cristiana y la pertenencia a la cultura de comienzos del milenio. La mística comprometida que exige la sociedad actual está imposibilitada por la crisis general de la oración y la espiritualidad, que impregna a los mismos religiosos y sacerdotes, vistos por la gente como especialistas en Dios.

Frecuentemente, los sacramentos generan una conciencia religiosa satisfecha, la del deber cumplido (por ejemplo, del mandato dominical), cuando no saturada (de prácticas y ritos eclesiales). La alternativa está en despertar el ansia de Dios, hacer tomar conciencia de su ausencia cultural en nuestra sociedad, y avivar la necesidad de buscarlo y de preguntarse por él. La religión tiene que ofrecer motivos para vivir y luchar, siempre orientándose hacia Dios que es el eje fundamental al que se orientan las devociones religiosas. Cuando esta dinámica no se produce, el medio (las mediaciones religiosas) se convierte en fin, y el fin (alentar en la búsqueda de Dios) se torna en medio (la integración en la institución eclesial y la subordinación a sus intereses, representados por los eclesiásticos). Desde ahí, resulta inviable una Iglesia crítica, profética y mesiánica, que sirva de

contraste y alternativa a la sociedad, desde una comunicación interpersonal generadora de comunidad, de identidad y cohesión, que respondería a unas carencias socioculturales.

Para que se dé ese resurgimiento de la Iglesia harían falta cambios internos, estructurales y comunitarios, y externos, la aceptación del pluralismo sociocultural y eclesial, no sólo como un hecho indiscutido, sino como una posibilidad histórica de superar rigideces y unilateralidades del pasado. Hoy más que nunca es necesario el ecumenismo interno, entre teologías y opciones de vida heterogéneas cuando no parcialmente confrontadas, y la apertura externa, el diálogo con la increencia y con las otras religiones y confesiones cristianas, en base al testimonio personal y colectivo. El clima de tolerancia y el crecimiento del pluralismo en la sociedad no encuentra así refrendo dentro de la Iglesia, que mantiene sus polarizaciones doctrinales y prácticas, agravadas por el hecho de que la autoridad jerárquica se identifica globalmente con uno de los polos eclesiales, en lugar de actuar como mediadora, factor de unidad y comunión, e instancia que busca el diálogo entre ambas corrientes.

Persiste hoy una pérdida de espiritualidad, un bagaje teológico pobre y con frecuencia poco renovado y una inserción social tentada por la acomodación e instalación social, a costa de la especificidad cristiana. El refugio en la ética y los derechos humanos asegura la pervivencia del mandamiento del amor al prójimo entre los cristianos actuales, pero la pérdida de referencias explícitas y de prácticas específicas cristianas, redundando en una progresiva pérdida de identidad, en una crisis vocacional (ministerial, religiosa y confesional). El paso de cristianos militantes a miembros de asociaciones y ONGs que han perdido su referencia cristiana, ha sido constante en los últimos cincuenta años. La alternativa ha sido, con frecuencia, la resistencia, en base de una vuelta al gueto social y a la sociedad cerrada que marcó al catolicismo oficial desde el siglo XIX. De ahí la proliferación de nuevos movimientos, que ofrecen identidad y cohesión social en base a la ausencia de autocrítica, al rechazo del

diálogo con la sociedad y a la rigidez institucional y doctrinal, que serviría de protección. Entonces surge inevitablemente la crítica a una iglesia autoritaria en la sociedad democrática y al carácter sectario de grupos cristianos, que se presentan como modelos eclesiales.

Parece que no es posible ser hijo de la cultura de primeros de siglo sin perder identidad cristiana, porque ésta sería incompatible o, al menos, poco creíble y plausible para las coordenadas históricas y sensibilidad cultural de nuestros ciudadanos. De ahí, también, el éxito relativo de las vocaciones sacerdotales y religiosas entre los movimientos neoconservadores, que es paralelo a la defección o indiferencia respecto de la Iglesia por parte de

las vanguardias culturales, políticas y sociales de las jóvenes generaciones. La gran concentración de gente joven en el último

Los elementos testimoniales proféticos sólo son posibles desde la aceptación de un cristianismo minoritario en la sociedad en que vivimos

viaje de Juan Pablo II a España, que toda la iglesia oficial ha celebrado con razón como un triunfo sin precedentes, no puede esconder el hecho de que menos del 20% de la población asiste regularmente a los sacramentos, concretamente a la misa dominical, y que, dentro de ella, escasean todavía más los jóvenes.

Parece como si la Iglesia hubiera hecho una opción tradicional: hacerse presente en la sociedad creando una red de instituciones propias (educativas, asistenciales, mediáticas), que le den poder y prestigio social, abandonando la otra opción de ser germen en medio de la masa, a costa de menor visibilidad institucional. Hay miedo por parte de los eclesiásticos y de los cristianos, a hacerse presentes en medios profanos, seculares y afectados por la increencia. De ahí un cristianismo vergonzante, que

compensa su escasa presencia pública en los ámbitos seculares, con una fijación institucional. Se busca, desde ahí, obtener eficacia apostólica, a costa de los elementos testimoniales proféticos. Éstos sólo son posibles desde la aceptación de que el cristianismo es minoritario hoy en la sociedad en que vivimos. Sólo desde ahí es posible la reevangelización de Europa y de España, con una política misional más cercana a la de los primeros siglos del cristianismo que a la época de cristiandad del segundo milenio.

4. Algunas orientaciones pastorales

El movimiento de comunidades de base, así como la proliferación de movimientos apostólicos respondieron al intento de renovar la iglesia comunidad y de disminuir su relegación a institución de servicios religiosos. Hoy es necesario renovar el tejido comunitario y crear espacios para la socialización en la fe, comenzando por la misma familia. La constitución de la personalidad pasa por una red de relaciones personales y por procesos de identificación afectiva e imitación, que son más importantes que nunca. Sólo es posible desplazar a los ídolos del deporte y la canción, que los medios proponen como modelos referenciales, desde el testimonio cercano de personas comprometidas con los valores cristianos. La carencia de estas referencias, sobre todo en las iglesias del primer mundo, desemboca en asimilación acrítica de los líderes mediáticos que se ofrecen a la sociedad. De ahí la importancia de una educación religiosa dentro de la familia, tanto más importante cuanto más en crisis están las instituciones educativas, en la que crezcan los hijos en un contexto específicamente cristiano, con referencias y símbolos religiosos expresos. La inhibición de los padres respecto a la educación religiosa de los hijos se paga luego con indiferencia y desconocimiento del cristianismo. Hay que volver a inspirarse en las iglesias domésticas de los orígenes del cristianismo, compartiendo la fe con otras familias, amigos y parientes, que puedan servir de afianzamiento para la fe de los más jóvenes.

La autonomía crítica del sujeto, que puede vivir contracorriente respecto a los modos imperantes en la sociedad de consumo, se basa paradójicamente en una heteronomía o dependencia inicial. La base son relaciones personales en las que se vivencia el ser aceptado, respetado y amado, que remiten a una red interpersonal tanto a nivel familiar como eclesial. Ésta es la base de la buena noticia de Jesús a los pecadores, que lleva a una comunidad en la que se hace presente el reino porque todos devienen prójimos ante los que se sienten responsables y concernidos los discípulos. Esta experiencia es la que falta frecuentemente en las comunidades eclesiales, tanto las pertenecientes a movimientos tradicionales neoconservadores como a grupos progresistas. La convivencia y la interacción generan confianza en sí mismo y capacidad crítica, pero para ello es necesaria una experiencia eclesial que dé motivos para vivir y luchar, para crecer, en lugar de generar minoría de edad.

De ahí la crisis familiar y eclesial actual, bien por la pobreza de relaciones interpersonales, que se quiere suplir con acumulación de cosas, o porque se limita el crecimiento y la aventura personal, desde una llamada insistente a la obediencia, la sumisión y el dejarse llevar por la autoridad. La minoría de edad intraeclesial no puede generar capacidad testimonial y crítica en la sociedad, y para que ésta sea posible se debe haber experimentado el sentirse reconocido, aceptado y querido. Cuando se vacía al individuo de su alteridad, la comunión eclesial deviene imposición uniformante. La integración se paga frecuentemente con el rechazo del derecho a las diferencias, a la interpelación e incluso a la disidencia, de tal modo que se anatematiza a los que piensan de forma diversa y se impone un pensamiento único, incompatible con una eclesiología de comunión, que no hace equivaler la unidad con la homogeneidad. Cualquier planteamiento eclesial que lleve a anular la creatividad y capacidad crítica personal es incompatible con el anuncio del reino, ya que la gloria de Dios pasa por el crecimiento personal, que es incompatible con una totalidad opresiva. La homogeneización social,

bajo el modelo americano de vida, se prolonga así en la eclesial que genera temor y autocensura más que responsabilidad. Una igualdad que no se base en diferencias, anula la individualidad y genera sufrimiento y deterioro personal.

En la Iglesia abundan las personalidades autoritarias, a veces líderes laicos de las comunidades, que supuestamente actúan por el bien de las personas a ellas confiadas, negándoles el derecho a ser ellas mismas. Entonces se da un mecanismo sacrificial y victimario, el todos contra uno y el ensañamiento con el disidente, so

capa de favorecer la cohesión e identidad eclesial. Y de esto no se salvan ni los grupos tradicionales ni los progresistas, como prueban las polarizaciones intraeclesia-

En los grupos tradicionales y en los progresistas se dan con frecuencia reacciones autoritarias contra el disidente so capa de bien

les motivadas por ideologías y doctrinas. Es una contradicción interna apelar al crucificado, él mismo un disidente de la religión oficial, y anatematizar a los disidentes doctrinales o morales de un grupo apostólico o comunidad eclesial. Esta incoherencia redundo además en insensibilidad social para con las víctimas de las injusticias, a costa de la capacidad de interpelación de los cristianos en la sociedad. La iglesia se constituye así en mera institución garante del orden constituido y de su moral, no en memoria viviente de las víctimas que genera toda sociedad.

Esta actitud implica también tomarse en serio las exigencias de la paternidad y de la maternidad, así como responder a la necesidad de los más jóvenes de criterios claros y pautas de conducta, que cada vez resultan más difíciles de obtener en la cultura y en las instituciones educativas. El respeto y la tolerancia, virtudes cívicas de las sociedades democráticas, fácilmente se

convierte en indiferencia y permisividad, porque todo vale y hay ausencia de referencias concretas. Parece que hay miedo a educar y a exigir, tanto en la Iglesia como en la sociedad, con lo que se facilita la comodidad y huida de responsabilidades. La inhibición de los cristianos en la sociedad, que lleva a una identidad vergonzante y a refugiarse en la vida privada, se traduce en un cristianismo facilitón y poco exigente, que en lugar de suscitar vocaciones laicas y ministeriales desemboca en una rutina de prácticas

Hay miedo a educar y a exigir, tanto en la Iglesia como en la sociedad, con lo que se facilita la huida de responsabilidades

religiosas sociales, carentes de exigencias personales. La gracia barata de un cristianismo poco exigente se integra en una sociedad *light*, y redundante en un cristianismo rutinario

que exige poco a mayores y más jóvenes. Cuanto más se facilitan las cosas y se exige menos para paliar la crisis de vocaciones cristianas, en sentido amplio, más infecundo resulta el cristianismo y más fácil resulta la afluencia de gente que busca una institución poderosa, protectora y facilitadora, en lugar de una comunidad crítica que genere crecimiento.

No hay que olvidar tampoco la capacidad de la sociedad para utilizar comercialmente los valores y simbolismos cristianos, como ocurre en Navidad y Semana Santa, que hacen más necesario que nunca el testimonio personal de los cristianos, manteniendo el carácter específicamente cristiano de esos valores, que son utilizados por la publicidad en función del consumo. Lo mismo ocurre cuando los sacramentos, por un ecumenismo y apertura mal entendidos, se abren a no cristianos e incluso a no creyentes, devaluando la especificidad de lo cristiano, y pierden cada vez más su carácter de signos de identidad. La apertura a la

sociedad y a los no cristianos no puede darse en base a traicionar los signos constitutivos de la identidad personal y colectiva. Hay miedo a la contradicción, al conflicto y al ser diferentes, desbancando la identificación con el crucificado en favor del trabajo en común con los que tienen un credo ético y humanista cercano al cristiano. El pragmatismo y la apertura en la colaboración con los otros por una sociedad más justa no puede basarse en la desmemoria o pérdida de la tradición constituyente.

La identidad cristiana necesita hacerse pública, perdiendo el miedo a presentarse como cristianos y a vivir con comportamientos contrarios a la mayoría social. No olvidemos que la experiencia y el testimonio, que sirvan de interrogante y de confirmación, son los elementos decisivos de la evangelización actual. Esto implica también una reformulación y replanteamiento de las experiencias sacramentales, huyendo de la rutina de oraciones y fórmulas ya establecidas y leídas, para que se abra espacio a la fe y espontaneidad personal de los participantes. Sólo así se puede escapar del formulismo rutinario, que genera una conciencia saturada de prácticas religiosas, porque no hay un encuentro personal ni se experimenta a la iglesia como espacio vivencial. El cara a cara de la celebración comunitaria sólo es posible en un clima de espontaneidad y creatividad para expresar y recibir la fe.

Sobre todo hay que plantearse la necesidad de la espiritualidad, la oración y la búsqueda de Dios para escapar al ateísmo práctico de la sociedad e incluso, a veces, de la misma Iglesia. Carecemos frecuentemente de espacios, tiempos y prácticas en las que conscientizar y actualizar la experiencia de Dios, con el peligro de un acomodamiento progresivo a la indiferencia social respecto a Dios, compatible con una acumulación de prácticas eclesiales. El cristianismo no puede reducirse a un conjunto de doctrinas, haciendo de la ortodoxia el centro de la religión, ni transformarse en un conjunto de normas morales, ya que los comportamientos éticos pueden subsistir sin apoyaturas religiosas. El sentido de la vida y la comprensión del hombre y del mundo están vinculados

a la pregunta por Dios, cuya búsqueda es el centro de la religión. De ahí, el significado profundo de la afirmación rahneriana de que el cristianismo del siglo XXI será místico o no será, apelando a su convicción de que todo cristiano puede vivenciar la gracia y experimentar la presencia de Dios. Hay que vincular la contemplación y la acción, el compromiso sociopolítico y la oración, la inserción social y la gratuidad de lo espiritual, en contra de la tendencia oficial a los funcionarios eclesiásticos y de la izquierda cristiana a subrayar el imperativo ético y un credo humanista como el núcleo de la religión.

Sólo cuando el lenguaje de Dios remite a la propia vida y cuando la biografía se expresa apelando a la experiencia de Dios, como instancia decisiva a la hora de asumir opciones, es posible interpelar a una sociedad hambrienta de experiencia y de humanismo. La superficialidad de la cultura consumista y el descontento que suscita constituyen una buena oportunidad para un cristianismo exigente y con hondura, pero para ello es preciso vivir en la modernidad sin caer prisionero de ella. Esto es lo que más se echa de menos en los cristianos, cada vez más similares al resto de los ciudadanos en los valores que dan sentido a la vida. Entonces el cristianismo se convierte en una superestructura ideológica, también a veces moralista, que, a la larga, acaba siendo innecesaria. Si a esto se añade una práctica religiosa individualista y de yuxtaposición, aunque se hable de comunidad, y unos ministerios clericales y de poder, aunque empleen un lenguaje servicial, entonces resulta inviable la evangelización de la sociedad actual. La crisis generacional que afecta al cristianismo, que cada vez tiene más dificultades para atraer a los jóvenes remite a la escasa interpelación que perciben en los mayores, cada vez más acomodados a la realidad sociocultural y, por tanto, con escaso potencial interpelador. Sólo recuperando el potencial mesiánico, profético y martirial del cristianismo, que pasa por una Iglesia que sirva de contraste a la sociedad, se puede replantear la tarea de una reevangelización de las viejas cristiandades europeas.